

dora y se le ha impedido volver.

¿Qué podrá decirnos Grotowski? ¿Cómo va a aclarar todas las cuestiones que el conocimiento teórico de sus ideas plantea? Lógicamente, no conoce el trabajo español de quienes han querido seguirle. Viene a nosotros como un Papa que se reúne por vez primera con sus nuevos, fervorosos e inseguros creyentes. Será interesante oírle. Es seguro que dirá cosas que irarán por tierra ciertas interpretaciones míticas de sus textos. Pero sólo será eso, una hora de Grotowski en Madrid, sin rozar siquiera la piel de ese viejo e irritable sordo que llamamos el teatro español.

■ JOSE MONLEON.

El cierre de El Molino

Buena parte de las preocupaciones superficiales de amplios sectores de la población barcelonesa se orientan hacia la suspensión gubernativa que pesa sobre El Molino. El Molino es el último superviviente del «teatro de variedades», del «music-hall» español. Se trata de un caserón, ya cercano por viviendas de vecinos, sobre cuya fachada principal aparece un molino, un molino rojo. Era una de las pocas muestras de «teatro participante» que había en España. Desde unos bancos con pupi-

El espectáculo de El Molino nunca ha ofendido a nadie. Los conatos de «strip tease» a la española siempre eran eso, a la española, muy a la española. Los intercambios verbales entre Johnson o Mary Merche o la ya retirada Lidia con el público tenían el nivel celtibérico suficiente como para que El Molino hubiera sido declarado «de interés nacional».

Y, sin embargo, en una mala noche, alguien pisó por primera vez El Molino y no creyó ni lo que veía ni lo que oía. ¿Cómo se podía ver aquello y oír aquello en un país que estaba votando una Ley de Peligrosidad Social? El mecanismo también es un riesgo cultural que se corre desde

Respuesta oficial a la carta de Diego Salvador

En nuestros últimos números nos hemos referido ampliamente al estreno de «Los niños» en el Español y a las circunstancias especiales que concurren en su montaje. También publicamos una entrevista con Diego Salvador, el autor de la obra, y la carta abierta que remitió a toda la prensa. Para completar la información sobre el estreno del Premio Lope de Vega —retirado, por liquidación de temporada, a la semana de estar en cartel—, incluimos ahora la respuesta que la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos ha dado a la carta que ya conocen nuestros lectores (TRIUNFO, núm. 422).

Primero. El autor afirma —lo cual es cierto— que las fotografías que «jugaban» en su texto no debían pertenecer a un país «determinado», dada la «intención humanística» de su obra. Y, efectivamente, para que no perteneciesen todas a un «determinado país» —los Estados Unidos—, fueron sustituidas algunas de ellas por otras que reflejaban acciones de guerra de numerosos y distintos países, como Checoslovaquia, Alemania, Inglaterra, Oriente Medio, etc. Entendemos, por tanto, que con esta diversidad de fotografías se cumplía, fielmente, la «intención humanística» del autor, salvo que el mismo considere fundamental para su «intención humanística» que apareciese en el escenario una monumental fotografía del Presidente Kennedy y su familia, como prototipos de una importante familia industrial. Lo cual hubiera resultado, además de inexacto —los Kennedy no son una familia típicamente industrial, sino política—, tendencioso y vejatorio para la persona del fallecido Presidente de los Estados Unidos.

Segundo. Otro de los motivos de fricción durante el montaje escénico de la referida obra, fue la retirada de una fotografía en la que, prosiguiendo con la «intención humanística» que impregnaba la obra y sin que en el texto —totalmente autorizado por la censura— figurase su descripción, se reproducía en grandes dimensiones una moneda de los Estados Unidos.

Deseamos puntualizar que un teatro nacional, como lo es el Español, no puede ni debe ofender pública o gratuitamente a un país con el que mantiene cordiales relaciones. Puede y debe realizar, naturalmente, un montaje en el que se ataque la violencia y la opresión, se produzca aquella donde se produzca y realice ésta quien la realice. Otra cosa sería injusticia y partidismo. Es ésta una norma común que se respeta en todos los países civilizados, siempre que los estrenos de las obras o los actos culturales sean realizados oficialmente. En la cuatrienal teatral que se celebrará el próximo mes de junio de 1971, en Praga, y en la que participará nuestro país, una de las cláusulas referentes a la admisión de trabajos dice textualmente:

«El Comité se reserva el derecho de exclusión de aquellas obras que puedan ofender a alguno de los otros países». El texto de la obra «Los niños» fue respetado y representado íntegramente sin que la censura suprimiese una sola palabra o frase, limitándose el director escénico —siguiendo las instrucciones del ensayo general para la censura— a universalizar el problema de la violencia en el mundo, sustituyendo fotografías que habían sido elegidas por el autor y cuya descripción particularizada no figuraba en el texto, como fácilmente puede comprobarse en la edición publicada por la editorial nacional.

Tercero. Se lamenta, asimismo, el autor de que la «intención humanística» de su obra se vea perjudicada porque alguna de las fotografías no se ajustaba, en detalle, a la descripción que daba en el texto.

Queremos dejar bien definido que el director artístico de la obra intentó por todos los medios, a través de las agencias gráficas nacionales e internacionales, filmotecas, etc., encontrar documentos verídicos que se ajustasen lo más posible a las citadas descripciones del autor. Finalmente, no creemos que la ausencia de un determinado detalle —inexistente en los archivos— perjudicase gravemente la «intención humanística» de la obra, y mucho menos su calidad literaria y teatral.

La muerte de Tartufo

El «Tartufo», de Molière, trasladado por Enrique Llovet y dirigido por Adolfo Marsillach, ha muerto en el teatro de la Comedia, de Madrid, después de ser, durante toda la temporada, la máxima atracción teatral de la ciudad. El juicio podría ampliarse diciendo que jamás, al menos en las últimas décadas, un clásico llevó tanto público al teatro y demostró que era algo más que un documento literario del pasado. En este sentido, con independencia de cualquier otra consideración, la versión de Llovet y el montaje de Marsillach han constituido un ejemplo de actualización de un clásico, capaz de suscitar una serie de posiciones polémicas y de interesar a muchos miles de espectadores desinteresados del dato erudito o la lección de historia. «Tartufo» queda así como un interesante hecho sociopolítico y estético de los años 69-70. La anunciada imposibilidad de que dicha versión sea representada en España fuera de Madrid y la proyectada jira de Marsillach por el extranjero son los testimonios últimos del interés y significación de este «Tartufo», a cuya sombra ha vegetado, sin pena ni gloria, una versión más literal y pulcra de López Rubio, montada en varias capitales españolas por José Tamayo.



tre, desde unos palcos increíbles, los espectadores podían increpar a las «vedettes» y a la variada gama de varones que aparecían en el escenario. La gracia de El Molino consiste precisamente en que desborda todos los límites de la chabacanería y se convierte en un liberador espectáculo en el que todo es broma y parodia de sí mismo. Allí han actuado el tierno e inteligente Johnson, las «vedettes» históricas: Bella Dorita, Matty Mont, Mary Mistral, Mary Merche, Gemma Pulido. ¿El público? Matrimonios de tenderos en olor a peluquería, forasteros, especialistas en marketing, gauche divine, jóvenes grupos de obreros que viven «su noche» y parejas maduras de los más diferentes niveles sociales que buscan el matiz inspirador que les recupere una noche de su juventud o el simple divertimento del sexo convertido en payasada.

la derecha y horas después, el escandalizado, una autoridad según parece, conseguía la suspensión de El Molino por tres meses. Este golpe puede ser mortal para una institución frívola que ya vive cercada por la apatía de los especuladores de terrenos y por otros intereses de variado matiz ultramontano.

El Molino está mereciendo muchas voces de defensa desde su cierre. No hace mucho, TRIUNFO dedicó a este varado molino un reportaje de Luis Carandell. La desaparición de El Molino sería un atentado contra la alegría nocturna de una ciudad que frunce el ceño en exceso. Paraiso de la iniciación y del recuerdo, refugio de artistas identificados totalmente con su espíritu paródico, El Molino bien vale una lanza, pero no de extraños quijotes que siguen confundiendo los molinos con gigantes. ■ M. V. M.